



## HÁGASE TU VOLUNTAD -A-

---

La oración de Jesús en el Huerto: «Padre mío.. *hágase tu voluntad*» (Mt 26, 42) tiene una especial importancia, pues es idéntica la oración del: «Padre nuestro..., *hágase tu voluntad*». Una invitación que Mateo nos hace a que entendamos esta tercera petición del Padre Nuestro *a la luz* de la experiencia orante de Jesús en aquellos momentos cruciales de su Pasión.

Otras expresiones de esta oración de Jesús:

Mt 26: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero que *no sea como yo quiero, sino como quieres tú*» (v. 39). «Padre mío, si no es posible que este cáliz pase sin que yo lo beba, "hágase tu voluntad"» (v. 42),

Lc 22 «Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya» (v. 42).

Mc 14: « ¡Abbá, Padre! Todo te es posible. Aparta de mí este cáliz. Pero *no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú*» (v., 36).

«Yo no quiero actuar según mi voluntad, *sino según la voluntad del que me ha enviado*» (Jn 5, 30). Esta afirmación del Evangelio de Juan la encontramos hecha piedad orante en la tradición sinóptica de Getsemaní: «No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú».

Lo que quiere el Padre, el objeto de su querer es *a la vez su* designio salvífico y la forma concreta de su realización: la salvación del mundo a través del cáliz de la pasión.

Jesús pide que el Padre realice en él esa su «voluntad»: «lo que quieres Tú». Pero esta realización del misterio divino está unida a un acto de *sumisión, de obediencia, de renuncia sacrificial* por parte de Jesús: «No se haga lo que yo quiero».

Esta aspiración del discípulo de Jesús sólo se encuentra en Mateo.

### A. LA VOLUNTAD DE DIOS

El discípulo expresa el deseo de que lo *que el Padre quiere en Cristo Jesús* se cumpla, se realice, «se haga», se convierta en realidad. La voluntad divina busca hacerse realidad de dos maneras y bajo dos aspectos *complementarios*: una *voluntad imperativa* de Dios y una *voluntad salvífica* de Dios.

**En el Antiguo Testamento** está presente ya esta doble línea:

- Cuando el salmista ora diciendo «Enséñame a cumplir tu voluntad...» (Sal 143, 10), y cuando el sacerdote Esdras exhorta al pueblo con las palabras «Cumplid su voluntad» (Esd 10, 11), se trata de la «voluntad» divina que señala al hombre un *camino* que debe seguir (cf. Sal 25, 4-5; 27, 11; 86, 11; 143, 8...); de esa voluntad divina que revela al hombre unas normas de vida que, cuando se siguen, caracterizan al hombre justo «que procede sin tacha y sigue la ley del Señor» (Sal 119, 1 ss.)

- Cuando el profeta hace decir al Señor «Mis planes se cumplirán, realizaré mi voluntad» (Is 46, 10), y cuando el salmista proclama que «el Señor todo lo que quiere lo hace, así en el cielo como en la tierra» (Sal 135, 6; cf. 115, 3), están hablando del *designio que, según su beneplácito*, Dios tiene sobre la historia en general, y sobre la historia del pueblo elegido en particular (cf. Is 44, 28;

48,14;1 Mc 3, 60). Es la *obra* que el Señor está realizando y llevando a su cumplimiento, de manera segura y progresiva, a lo largo de los tiempos (cf. Is 55, 11).

**En el Nuevo Testamento** se habla de la «voluntad» de Dios, tanto en el primer sentido como en el segundo:

- Hay textos -como Mc 3, 35 = Mt 12, 50 (cf. Lc 8, 21) y como Mt 7, 21 y 21, 31- en los que la «voluntad» de Dios se refiere a las *exigencias* de la vida evangélica. Lucas, explicando el pasaje de Mc 3, 35 = Mt 12, 50, define así ese valor global: escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica (8, 21).

Se trata de todo lo que *debe cumplir* el discípulo si quiere vivir de una manera digna de su vocación evangélica (cf. Ef 4, 1; 1 Tes 2, 12; Col 1, 9-11): San Pablo la llamará «voluntad de Dios en Cristo Jesús» (1 Tes 5, 18), quiere expresar que esa voluntad establece una forma de comportarse e indica el camino que han de seguir quienes ya han sido incorporados vitalmente a la novedad del Evangelio (cf. Ef 6, 6). (Rom 12, 2; cf. 1Tes 4,3; Ef 5,17...).

- En otros textos la «voluntad» de Dios se identifica con el *designio salvífico* que el Padre ha realizado y sigue realizando en Cristo Jesús. «Según la voluntad de Dios, nuestro Padre», Jesucristo, «entregó su vida para liberarnos de nuestros pecados...» (Gal 1, 4); en la salvación que ha tenido lugar en Cristo Jesús, el Padre realiza «el misterio de su voluntad» (Ef 1, 5) y «nos da a conocer sus planes más secretos» (v. 9).

- Juan nos dice que Jesús habla de su disponibilidad para cumplir la «voluntad» del Padre que lo ha enviado (4, 34; 5, 30; 6, 38). En Jn 6, 39-40 Jesús declara cuál es en realidad esa «voluntad» de su Padre: «*Esta es la voluntad del que me ha enviado: que yo no pierda a ninguno de los que El me ha dado, sino que los resucite en el último día.*

*La voluntad de mi Padre es que todos los que vean al Hijo y crean en él tengan vida eterna*». La «voluntad» de Dios es ese proyecto de amor y de salvación: «*Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no perezca sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él*» (Jn: 3, 16-17). La voluntad del Padre es la *obra* que el Padre quiere realizar en el Hijo. «*Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra de salvación*» (Jn 4, 34).

*Voluntad imperativa* que el hombre debe cumplir en virtud de su vocación evangélica y *voluntad salvífica* que el Padre lleva a cabo en Cristo Jesús. Dos líneas que el N. T. distingue a nivel de exposición conceptual. Sin embargo, a nivel existencial, esos dos conceptos son *complementarios*: el primero de ellos se realiza cuando tiene lugar el segundo y viceversa.

Objetivamente, la «voluntad» del Padre que Jesús dice estar siempre dispuesto a *cumplir* es la *obra* del Padre, su designio de amor y de salvación. Subjetivamente, Jesús «hace la voluntad del Padre» y «lleva a cabo» *su obra* como quien *obedece* por amor al *mandamiento* de quien lo ha enviado (cf. 8, 29; 12, 49-50; 14, 31; 15, 10). Dos aspectos inseparables de un único misterio: es el Padre quien lleva a cabo su «voluntad», y eso lo hace a través de la obediencia amorosa de su Hijo Jesucristo.

También en Hbr 10, 5-10. Después de aplicar al sacrificio de Cristo sacerdote las palabras del salmo 40, 8: «Aquí vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad», el autor de la carta explica: «Y por haber *cumplido la voluntad de Dios...*, nosotros hemos sido santificados» (v. 10). De por sí, esa «voluntad» es el proyecto salvífico del Padre. Pero ese proyecto se hace realmente *santificador* gracias a la ofrenda de sí mismo, obediente y amorosa, de Cristo sacerdote (cf. también 5, 7-9; 12, 2; Fil 2, 8-11).